

Taurohumor

Conversaciones Taurinas

Por ENRIQUE GUARNER

Muchos aficionados me han señalado que uno de los principales factores en la decadencia de la fiesta en México se deriva del abuso en los puyazos que se atizan a los novillos que aquí se lidian, por lo que decidí que sería conveniente que se enteraran los lectores de lo que piensa un caballo de pica. Para efectuar la entrevista llamé a mi amigo don Ralph Fechorías, quien tiene una gran influencia con los empresarios y consiguió una cita con uno de los jamelgos de la cuadra.

Fue así como antes de que se iniciara la corrida llegué hasta las caballerizas, donde encontré acostado sobre una estera a un escualido penco alazán dedicado a la prosaica tarea de alimentarse con paja. Le pedí sus generales, a lo que me respondió:

-Me llamo Mantecado Montes de Foca y yo también soy periodista, pues escribo en *La Afición Equina*, aunque me gustaría ser como usted y Pepe Mata, que realizan sus artículos en un periódico serio e importante. En realidad, los que yo redacto no tienen ningún sentido, porque como estoy ciego me guió exclusivamente por el olfato para

garrapatear sandeces y un conjunto de tonterías sin límite..

Lo interrumpo porque prefiero saber otras cosas sobre Montes de Foca, e insisto en saber algo de su biografía, por lo que me dice:

-Provengo de buena familia, porque mi madre fue una yegua bien educada a la que montaba un descendiente de los hermanos Domecq. Sin embargo, en cuanto fui destetado se me vendió a una guarnición de la Secretaría de la Defensa y hasta desfilé en un 15 de septiembre, pero el sargento que me jineteaba ese día, de nombre don Neutro, me daba fuertes golpizas, por lo que decidí vengarme de él, y frente al Palacio Nacional, estando en el balcón el presidente Salinas, quien tanto amaba a los corceles, me paré a dos manos y lo tiré. A raíz de ese acontecimiento me mandaron al bosque de Chapultepec para pasar a los niños, que me daban de "reatazos", y tomé la determinación de ya no transportarlos más, por lo que mi dueño, Rico Llouviet, quien era francés y mal educado, me vendió a los Zacatecas. Desde entonces estoy aquí y me montan fundamentalmente los picadores Efrén Acostado o Venus Pachuco, quienes son muy obesos y me han deja-

do jorobado del dorso. Además, pocas horas antes de las corridas me inyectan todo tipo de sustancias, por lo que ahora soy adicto a las drogas. Creo que usted ya sabe de los petos que nos ponen, que hacen que los caballos nos veamos monstruosos y con un blindaje inapropiado, por lo que apenas podemos caminar. También se me vendan los ojos para que no me asuste con los ratones que se lidian, y nunca sé hacia dónde me dirijo.

Me intereso por saber sobre sus experiencias en el ruedo y declara:

-Yo creo que los golpes que me dan los bureles que aquí se lidian no tienen ninguna importancia, y cuando chocan conmigo parece que estoy jugando a los cojinazos con otros jacos. ¡Qué diferencia con los toros españoles que he visto por televisión, y a los que sí hay que picar! A los que sí temo mucho son mis jinetes, que pesan cien veces más que los astados, son sádicos y se dedican a hacer el "estira y afloja", que se asemeja un acto sexual, lo que me parece inadecuado porque a la Plaza México asisten muchas damas.

Abruptamente interviene Fechorías, quien no transige con lo señalado por Mantecado Montes de Foca y asegura:

-Estoy completamente de acuerdo con la manera de picar de los varilargeros mexicanos, que demuestran así su machismo. Yo, en cualquier acto de mi vida, hago lo mismo. Por ejemplo, cuando me como un pescado a la veracruzana, introduzco y saco el tenedor repetidamente, para enseñarle a mi mujer lo

que sucederá por la noche. Con ello, y aunque me mire asustada y se avergüence, la prevengo sobre mi masculinidad.

Abochornado por este comentario terminé la entrevista y fui al tendido para presenciar la masacre que efectuaban los picadores con los apenas novillos de Chucho Cabrera. Los pobres animales sufrieron hasta doce puyazos, en la mayoría de los cuales se abusó de las prácticas ilegales. Al segundo del festejo, llamado "Año Nuevo", Arruza permitió que le aplicaran cinco varas. En una de ellas a Rodolfo Acosta se le partió el palo, y con la autorización del juez de plaza, Jesús Dávila, sumergió un tercio de la madera en el dorso del astado. Asimismo, al quinto, llamado "Cache-tón", lo destruyeron los varilargeros con el beneplácito del madrileño José Luis Bote, quien deseaba en el tercio final enfrentarse a un marmolillo.

Es mi opinión, que lo que se hace en la Plaza México constituye un verdadero asesinato, porque cuando vemos a los picadores en España atacar con furia, los toros poseen un aspecto temible por su edad y pitones, pero aquí se lidian bureles muy jóvenes a los que se pulveriza con premeditación, alevosía y ventaja, convirtiendo a la fiesta en una carnicería. Por ello, al salir de la corrida recordé tiempos mejores en los versos de Zorrilla que dicen:

*Con el hirviente resoplido moja
el ronco toro la tostada arena,
con la vista en el jinete alta y serena,
en el ancho espacio buscando su
asta roja.*